

buscarle dentro de una hora al cafe de Mac-Croskie, y que tendria cuidado de ponerse en el bolsillo el discurso del duque.

Desembarazada de sus huéspedes Mistriss Saddletree fue á ver á David Deans y á su hija, que habian aceptado la hospitalidad que les ofreció en su casa.



CAPITULO X.

Cuando Mistriss Saddletree entró en la habitacion que ocupaban sus huéspedes, halló las ventanas medio cerradas. La debilidad que habia sucedido al desmayo del anciano, obligó á su hija á ponerle en la cama. Las cortinas de ésta se hallaban corridas, y Jeanie estaba inmóvil sentada al lado de su padre, que dormia. Mistriss Saddletree era una excelente muger, muy compasiva, pero ignoraba absolutamente la delicadeza del trato; así abrió inmediatamente todas las ventanas, recorrió las cortinas, y dirigiéndose á M. Deans, le exhortó á que se armase de paciencia, á que se levantase y á que suportase sus penas como hombre de carácter y con toda resignacion. No hizo la menor atencion á las señas que la dirigia Jeanie, ni á sus esfuerzos para detenerla, y solo por el silencio de Deans, conoció que estaba durmiendo.

-- ¿Se ha concluido ya todo? le preguntó

Jeanie temblando. ¿No queda ya esperanza ninguna?

-- Ninguna, le respondió Mistriss Saddletree, ni la mas minima. Yo se lo he oido decir á ese miserable juez. ¿No es una vergüenza el ver á tantos hombres con sus togas encarnadas ó negras, reunirse para hacer morir á una pobre muchacha, que no tiene aun malicia para saber lo que se ha hecho? Yo no he gustado nunca de la machaquería de mi marido sobre las leyes y los tribunales, pero de hoy en adelante gustaré mucho menos. Yo no he oido decir en toda la sesion mas que una cosa razonable, y fue cuando el honrado M. Kirk dijo, que era menester recomendarla á la clemencia del Rey. Pero hablaba con sordos.

-- ¿Pues qué el Rey puede concederle la gracia de la vida? exclamó con precipitacion Jeanie. Yo habia oido decir que el el Rey no podia concederla en caso de ase... en los casos semejantes al suyo.

-- ¡Si puede conceder la gracia, hija mia! Sin duda que lo puede cuando quiere. ¿No la ha concedido al jóven Singlesword que mató al Laird de Ballencleug: al capitan inglés Hackun que mató á dos escoceses; á M. Sinclair

que habia asesinado á Shaw; y á muchos otros, y todo esto en mi tiempo? Pero estos eran gentes de alto copete, y tenian quien hablase por ellos. Y ultimamente, ¿no se concedió la de Portws? ¡Ah! no es el poder el que falta, son los medios de obtenerla.

-- ¡Portews! dijo Jeanie; pero es cierto. ¿Y cómo es posible que yo haya olvidado una cosa que debia tener tan presente? A Dios, mistriss Saddletree; ¡quiera el cielo no conozcáis nunca la necesidad de tener amigos!

-- ¡Como! Jeanie ¿no os quedais con vuestro padre? Yo creo que hariais mejor en quedaros aqui.

-- Yo tengo cierta cosa que hacer allá bajo, respondió indicando la cárcel con un gesto; es menester que yo me aproveche de este momento para separarme del lado de mi padre, porque de otra suerte no tendria valor para ello: yo nada temo por su vida, porque se que tiene valor, yo lo se, añadió, poniendo la mano sobre su corazon, por mi propio corazon.

-- ¿Pero volveréis?

-- No; es menester que yo vaya á San Leonardo; yo tengo poco tiempo y mucho que hacer; es menester que yo hable á ciertos ami-

gos. A Dios; que el cielo os guarde y cuida de mi padre.

Cuando estuvo á la puerta de la habitacion volvió de repente, y poniéndose de rodillas delante de la cama: ¡O padre mio: exclamó, dadme vuestra bendicion! Yo no puedo partir sin que vos me deis vuestra bendicion; decidme solamente; ¡que Dios os bendiga Jeanie! yo no pido mas que esto.

Su padre, medio dormido y medio despier-to, y por instinto mas bien que por reflexion, contestó las mismas palabras que maquinalmente habia oido á su hija: -- ¡Que Dios os bendiga, Jeanie!

-- El bendiga mi viage, dijo Jeanie levantándose, y yo siento en mi corazon un presentimiento que me consuela.

Diciendo estas palabras salió de la habitacion. Mistriss Saddletree se quedó meneando la cabeza. -- ¡Quiera Dios dijo, que esta pobre muchacha no haya perdido la cabeza! Pero estos Deans ¡tienen todos un carácter tan singular!... Yo no gusto de gentes que pretenden valer mas que los otros; porque de aqui nunca resulta nada de bueno. Ahora, si ella va á saber como se hallan las cosas de su casa en San

Leonardo, eso es otra cosa. A la verdad que es menester tener cuidado de él. ¿Gizzie? Venid aqui. Subid: estaos á la vista de ese buen hombre, y tened cuidado de que no le falte nada. Vamos, vamos: ¿qué tendreis hai que atusaros tanto vuestro pelo y vuestra cinta? ¡Yo me persuado que hoy teneis un bello egeemplo! Qué os sirva de leccion, y no penseis tanto en vuestras cintas, y guardafaldas.

Pero dejemos á la buena señora declamar contra las vanidades del mundo, y transportémonos á la habitacion en que Effie acababa de ser encerrada, porque en Escocia los sentenciados á muerte están guardados con mas estrechez que cuando solo eran acusados.

Effie se encontraba, hacia ya mas de una hora sumergida en aquel estado de estupor y de anonadamiento, tan propio de su situacion, cuando le sacó de él cierto ruido que al principio la sorprendió, pero que conoció luego que era el de los cerrojos de su puerta que se abria.

Ratcliffe entró y le dijo: vuestra hermana viene á veros.

-- Yo no quiero ver á nadie, contestó Effie con aspereza, y á mi hermana mucho menos.

Decidle que cuide de mí padre: yo ya no soy nada para ellos, ni ellos son ya nada para mí.

-- Pero dice que es preciso que os vea: le replicó Ratcliffe.

Al mismo tiempo Jeanie precipitándose en la habitacion corrió á abrazar á su hermana, hecha un mar de lágrimas, mientras ésta se esforzaba por desasirse de entre sus brazos.

-- ¿A qué vienen esas lágrima? le dijo Effie. ¿No sois vos la causa de mi muerte, pues que una sola palabra de vuestra boca podia salvarme? ¿á mi, que estoy inocente? ¡inocente, á lo menos del crimen de que me acusan! ¿á mi, Jeanie, que hubiera dado mi vida por salvaros un solo dedo de la mano!

-- ¡Vos no morireis Effie! le dijo su hermana con entusiasmo. Decidme lo que queráis; pensad de mi lo que queráis; pero prometedme que no atentareis á vuestros días, pues que conozco vuestro valor, y temo vuestra desesperacion. No, no morireis de esta muerte vergonzosa.

-- No, Jeanie, no moriré de esta muerte vergonzosa. Yo lo he resuelto ya. Yo no esperaré que me conduzcan á un cadalso. Ya he comido mi último bocado de pan.

-- ¡Oh! ¡ésto era lo que yo temia! exclamó Jeanie.

-- Dejadla, dejadla, le dijo Ratcliffe. Vos no conoceis nada de esto. No hay nadie que despues de haber sido condenado á muerte, no forme igual resolucion; pero tampoco hay nadie que la egecute. Yo sé esto por esperiencia. Yo me he oido leer tres distintas veces la sentencia de mi muerte, y sin embargo me veis aquí; á mí, á Jayme Ratcliffe. Si desde la primera vez yo hubiese apretado el nudo de mi corbatin, como tenia ánimo de hacerlo, ¿en dónde estaria yo ahora?

-- ¿Y cómo os habeis librado? le preguntó Jeanie, tomando un cierto interés por este hombre, que antes le era tan odioso, por ver cierta conformidad entre su situacion y la de su hermana.

-- ¿Cómo me he librado? de un modo que no lo logrará nadie en esta cárcel, mientras yo tenga las llaves.

-- Pues á pesar de vuestras llaves, mi hermana se librará, y saldrá de la cárcel, y esto será á la luz del Sol, y á medio dia: le contestó Jeanie. Yo me voy á Londres. Yo me voy á pedir su perdon al Rey y á la Reyna, pues que se

lo concedieron á Portews, tambien pueden concederselo á Effie. Cuando una hermana les pida de rodillas la vida de su hermana, no se la negarán, no podrán negarsela, y ganarán mil corazones por este acto de clemencia.

Effie la escuchaba con tanta atencion, como sorpresa. Un rayo de esperanza se insinuaba en su aflijido corazon, pero la reflexion le disipaba al momento.

-- El Rey y la Reyna están en Londres, Jeanie, bien léjos de aquí. Yo creo que es menester pasar el mar para ir, y yo estaré ya muerta aun antes que llegueis.

-- No, no, hermana; no está tan léjos como creéis; y yo se que se va por tierra. Ruben Butler me ha hablado muchas veces de ello.

-- ¡Ah! Jeanie: ¡vos sois bien dichosa! Vos no habeis tenido nunca mas que amigos que os han dado buenos consejos, mientras que yo... Diciendo esto se cubrió la cara con ambas manos y se puso á llorar con el mayor desconsuelo.

-- No penseis en esto ahora, hermana; ya tendreis tiempo para ello, si se os perdona la vida. A Dios: á menos que yo no muera en el camino, yo veré la cara del que puede perdo-

arte. ¡Oh! señor: le dijo á Ratcliffe, tened humanidad con ella; protegedla: esta es la primera vez que necesita del apoyo de un extranjero. A Dios, Effie, á Dios; no me digas nada; yo no debo afligirme ahora, pues que necesito de todas mis fuerzas, y de todo mi valor: y arrancándose de entre los brazos de su hermana, salió de la habitacion.

Ratcliffe la siguió, y le hizo señas de que entrase en una pequeña pieza, con un ademán que indicaba que tenia que decirle alguna cosa de importancia. Ella le siguió aunque con un temblor involuntario.

-- ¿Por qué temblais? le dijo Ratcliffe. Nada teneis que temer; yo no quiero mas que haceros bien: os respeto, y no lo puedo menos, en vista de vuestra conducta: escuchadme. ¿Vos vais á Londres? Teneis razon: vuestro valor y vuestro entusiasmo harán tal vez de modo que salgais en bien. Pero ¡qué diatribes! No vais de repente á encontrar al Rey: es menester haceros antes algun amigo. Tratad de ver al duque; sí, ved á M. Mac-Collummore: éste es el amigo de los escoceses. Yo sé que los grandes no le estiman, pero le temen; y esto viene

á ser lo mismo. ¿Conoceis á alguno que pueda daros alguna carta para él?

-- ¿El duque de Argyle? exclamó Jeanie. ¿Es pariente del señor del mismo nombre que sufrió la persecucion en tiempo de mi padre?

-- Es su hijo ó su nieto, pero ¿qué importa?

-- Dios sea bendito: exclamó Jeanie.

-- Sí, sí; vosotros los wtigs alabais á Dios á cada momento; esto es muy justo: pero ¡diantre...! Escuchadme: tengo un secreto que deciros. Sobre los confines de Escocia y de Inglaterra, y sobre todo en el condado de York, es posible que encontreis ciertas gentes, que á la verdad, no son las mas atentas y comedidas del mundo. ¡Pero el diablo, si ninguno de ellos toca á un conocido de Daddy-Rat! Aunque yo me haya retirado ya de los negocios públicos, saben muy bien que aun puedo hacerles mucho bien ó mucho mal; y no hay ninguno que ejerza el oficio, solamente de un año á esta parte, bien sea sobre las costas, bien sea en los caminos reales que no respete mas mi pase y mi firma, que la de todos los jueces de paz de los dos reinos. Yo voy á componer esto.

Entonces tomó un pedazo de papel sobre el que escribió tres ó cuatro líneas, y doblándole se lo entregó á Jeanie; y como ésta se rehusaba á tomarlo; tomadle, exclamó con resolucion: ¡Qué! ¿Temeis acaso que os muerda? ¡Qué diablo! Si no os hace bien, tampoco os hará mal. No dejéis de enseñarlo, si encontráis algun lazarrillo de Sir Nicolas.

-- No os comprendo dijo, Jeanie.

-- ¿No me comprendéis, hermosa Camerouniana? Pues yo creí que esta frase os seria bien conocida. Pero mirad; en buen escocés yo quiero deciros, que si os veis detenida por algunos ladrones, que en nuestra jerga se llaman los lazarrillos de Sir Nicolas, no tenéis mas que enseñarle este papel, y ninguno de ellos os tocará ni á un pelo de vuestra ropa. Ahora id con Dios, y tratad de ver al duque de Argyle. Si alguno puede servirlos, es él.

Jeanie despues de haber dado una última mirada de tristeza sobre las viejas y ennegrecidas paredes de la cárcel, y otra sobre la casa hospitalaria de Mistriss Saddletree, salió de Edimburgo, y no tardó en llegar á San Leonardo.

Inmediatamente envió á llamar á una mu-
ger que habia servido en otro tiempo en casa
de su padre, y que habiendo juntado un poco
de dinero vivia entonces tranquilamente en una
cabaña vecina, y le dijo; que obligándola cier-
tos negocios á emprender un viage que dura-
ria algunas semanas, viniese á pasar el tiempo
de su ausencia en San Leonardo, y se encar-
gase de los quehaceres de la casa.

May Hetly convino en ello, y Jeanie la ins-
truyó de todos los objetos en que tendria que
ocuparse, particularmente los que tenian re-
lacion con su padre, cuyo cuidado le encargó
sobre todo. Con esto despidió á la buena mu-
ger que la prometió volver el dia siguiente muy
temprano, y ella se ocupó lo restante de aquel
dia en hacer los preparativos de su viage.

La sencillez de su educacion, y la de las cos-
tumbres del pais, hicieron estos aprestos tan
cortos como fáciles. Su plaid, ó manto podia
servirle al mismo tiempo de vestido de viage y
de para-aguas, y en un pequeño paquete, bajo
del brazo, llevaria la poca ropa blanca que ne-
cesitase.

Ella habia llegado á pie descalzo á este mun-

do, como decia Sancho Panza, y por lo mismo
se proponia hacer á pie descalzo este viage, y
conservar sus zapatos y sus medias limpias pa-
ra las ocasiones de aparato. No sabia que en In-
glaterra el ir á pie descalzo indica la miseria
mas absoluta, sin embargo si le hubieran he-
cho una objecion sobre la falta de curiosidad,
hubiera alegado la costumbre de los Escoceses
de hacer tantas abluciones como los Mahome-
tanos.

Hasta alli todo iba bien.

En una especie de papelera, en que Deans
guardaba sus libros y papeles, buscó y llegó
á encontrar entre dos ó tres lios que contenian
algunos extractos de sermones, cuentas con
los trabajadores, últimas palabras pronuncia-
das por los que llamaba mártires en sus perse-
cuciones, dos ó tres papeles que le parecieron
podrian serle útiles para su proyecto, y los co-
locó cuidadosamente en su cartera. Pero que-
daba aun una dificultad la mayor de todas, y
á la que no habia hecho aun atención; la falta
de dinero; y era imposible que sin dinero em-
prendiese un viage como el que pensaba hacer.

David Deans estaba bien, como hemos di-

cho, y aun podia añadirse, que con respecto á su estado, gozaba de cierta opulencia, pero su riqueza, como la de los antiguos patriarcas, consistia en sus rebaños, salvo algunas pequeñas sumas que habia prestado á algunos vecinos, que lejos de poderle reintegrar el capital, apenas podian pagarle los intereses. Era, pues, inútil que pensase en dirigirse á estos deudores, aun con el consentimiento de su padre, y este consentimiento no podia prometerse el obtenerlo, sino despues de mil observaciones, esplicaciones y reflexiones que le harian perder un tiempo, que era tan precioso para la egecucion de su proyecto, y por mas arriesgado que fuese, estaba decidida á hacer esta última tentativa para salvar la vida de su hermana.

Sin faltar al respeto filial, Jeanie se hallaba intimamente convencida que el modo de pensar de su padre, por honrado y religioso que fuese, estaba muy poco en armonia con el espíritu del siglo, para que fuese un buen juez de las medidas que debian adoptarse en aquella ocasion. Mas flexible en sus opiniones, aunque no menos severa en sus principios, conocia que pidiéndole permiso para emprender aquel viage,

se lo hubiera negado, y temia, emprendiéndole contra su voluntad, verse privada de las bendiciones del cielo. Habia resuelto no hacerle conocer su proyecto, y los motivos que la determinaban á egecutarle hasta despues de su partida. Pero no podia pedir dinero, sin que le digese el objeto para que lo queria, y entonces ocurrían forzosamente las reflexiones que se proponia evitar. Ademas, sabia que su padre no tenia dinero contante; que hubiera sido menester que le buscase, y esto hubiera ocasionado retardos capaces de frustrar el proyecto de su empresa. Era, pues, á otra parte á donde debia dirigirse á buscar los medios pecuniarios de que necesitaba.

Entonces le ocurrió que debió haber consultado á Mistriss Saddletree, pero ademas del tiempo que hubiera sido menester emplear para esto, sabia que Mistriss Saddletree tenia un carácter limitado, incapaz de ver la resolucion, que ella habia tomado, con el entusiasmo que se la habia inspirado, y hubiera sido menester disputar largo tiempo para manifestarle la utilidad y conveniencia de su proyecto, sin estar segura de poderla convencer.

Hubiera podido contar sin duda sobre los socorros de Butler, pero éste era tan pobre como ella. En fin, para vencer esta dificultad, formó una resolución extraordinaria, de la que daremos cuenta en el capítulo siguiente.



CAPITULO IX.

El palacio de Laird de Dumbidikes, en el que vamos á introducir ahora á nuestros lectores, está á tres ó cuatro millas al Sud de San Leonardo. Tuvo en otra ocasion su celebridad, pues el antiguo Laird, bien conocido en todas las tabernas de una milla al contorno, llevaba su espada; tenia dos caballos y cuatro perros; seguia al lord Ross á la caza; juraba y hacia apuestas en todas las carreras de caballos y riñas de gallos; y se daba á sí mismo el dictado de hombre de importancia. El propietario actual habia hecho perder á su linage una parte de su esplendor, pues que vivia retirado en su casa como avaro, mientras que su padre habia vivido como disipador, estúpido é insensato.

Este palacio era lo que se llama en Escocia una *casa simple*: es decir, que no tenia mas que una habitacion en cada piso. En cada una de éstas habia seis ó siete ventanas colocadas irregularmente, pero tan pequeñas, que aun abiertas todas, daban menos luz que una de nues-